

## ENCICLICA "CUM PRIMUM AD AURES" (\*)

(9-VII-1832)

A LOS OBISPOS DE POLONIA SOBRE LA AUTORIDAD DE LOS PRINCIPES  
GREGORIO PP. XVI*Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica*

143 **1. Preocupación por la situación de**  
 II **sus estados y nueva Encíclica.** Cuando llegó a Nuestros oídos el rumor de las terribles calamidades que en el año pasado afligieron gravemente a ese reino tan floreciente, se Nos hizo saber, al mismo tiempo, que su verdadero origen estaba en fabricantes de embustes y mentiras, quienes, so capa de religión, en estos lamentables tiempos nuestros, levantando cabeza contra la legítima potestad de los Príncipes, habían llenado de tristísimo llanto su patria, desligada de todo vínculo de legítima sujeción. Nos, postrados a los pies de Ntro. Señor, al cual representamos en la tierra, aunque sin merecerlo, con abundantes lágrimas lloramos los males penosísimos que afligen a Nuestra solicitud y a Nuestra pequeñez. Y en la humildad de Nuestro corazón, con ardiente afecto procuramos aplacar al Padre de las misericordias con preces, suspiros y gemidos, pidiéndole que Nos fuera dado ver pronto restituidos a la paz y a la obediencia a la autoridad legítima, esas provincias desgarradas por tantas y tan crueles disensiones. Después de esto, Venerables Hermanos, decidimos enviaros en seguida una carta encíclica para comunicaros que también a Nosotros aflige el peso de vuestros males, a fin de que, consolada y fortalecida así vuestra solicitud pastoral, os ocupéis con celo siempre nuevo y cada vez más ardiente en defender las doctrinas más ortodoxas y en persuadirlas e inculcarlas a vuestro queridísimo clero y pueblo.

144 Pero habiendo recibido la noticia de que esa carta no llegó a vuestras manos, a causa de las difíciles circunstancias, en el momento actual, pacificadas y tranquilizadas las cosas por la gracia de Dios, de nuevo os abrimos Nuestro corazón, Venerables Hermanos, exhortando con todas Nuestras fuerzas en el Señor vuestro celo y solicitud a apartar de

vuestra grey, con toda energía y cuidado, la causa de los males pasados.

2. **Un frente de oposición.** En esto ciertamente debéis poner viva atención y toda diligencia y vigilar mucho para que hombres dolorosos y propagadores de novedades, no prosigan diseminando entre vuestra grey doctrinas erróneas y dogmas falsos y con el pretexto del bien público, de que suelen valerse, abusen de la credulidad de los otros que son más simples y menos cautos, hasta tenerlos, sin pensarlo ellos, como ciegos ministros y fautores para turbar la paz de la sociedad y trastornar el orden. Para utilidad y enseñanza de los fieles, hay que poner claramente de manifiesto el fraude de estos pseudo-doctores y refutar con energía sus falaces conceptos, basándose en la doctrina inconcusa e inapelable de la Sda. Escritura y en los documentos evidentes de la venerable Tradición eclesiástica. En estas fuentes purísimas (de las cuales el clero católico debe sacar la norma para gobernar su vida y las orientaciones que habrán de dar al pueblo en su predicación), clarísimamente se nos enseña que la obediencia que los hombres deben prestar a las potestades constituidas por Dios es un precepto absoluto al que nadie puede contradecir, a no ser que manden algo contrario a las leyes de Dios y de la Iglesia. *Toda alma* (dice el Apóstol) *esté sujeta a las supremas potestades. Pues no hay poder sino de Dios; todas las cosas existentes han sido ordenadas por Dios. Por lo tanto quien resiste al poder, resiste a la voluntad de Dios... De consiguiente es necesario que les estéis sujetos no sólo por temor del castigo, sino también por la conciencia*<sup>(1)</sup>. De la misma manera enseña SAN PEDRO<sup>(2)</sup>

(\*) Acta Gregorii Pp. XVI, A. M. Bernasconi, I, p. 143-144. Traduc. espec. corregida para la 2ª edición (Facultad de Teología del Colegio Máximo). Las cifras marginales indican las páginas y columnas (Iª y IIª) del texto original latino de Bernasconi. (P. H.)

(1) Rom. 13, 1-3.

(2) I Petr. 2, 13.

que todos los fieles estén sujetos a toda criatura humana *por Dios, sea al rey, como a depositario del poder, sea a los gobernadores como a sus delegados, porque dice ésta es la voluntad de Dios que haciendo el bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes*. Nos consta que los antiguos cristianos guardando estas amonestaciones, aun durante el furor de las persecuciones, se hicieron acreedores al reconocimiento de los Emperadores romanos y protegieron la incolumidad del Imperio. *Los soldados cristianos, dice SAN AGUSTIN, sirvieron al Emperador infiel: pero cuando se tocaba la causa de Cristo, no reconocían sino a aquel que estaba en los cielos. Distinguían al Señor eterno del señor temporal, y sin embargo se sometían por el Señor eterno, también al señor temporal*<sup>(3)</sup>.

Bien sabéis, Venerables Hermanos, que esta fue la doctrina constante de los Santos Padres y la que siempre enseñó y enseña la Iglesia Católica. Formados en ella, los primeros cristianos vivieron y se comportaron de tal manera, que las legiones cristianas nunca se deshonraron con la cobardía y la traición que manchó a los ejércitos paganos. A este propósito dice <sup>144</sup> <sup>II</sup> TULLIANO<sup>(4)</sup>: *Se nos atribuye el crimen de lesa majestad imperial; sin embargo, nunca pudieron encontrarse entre los cristianos, Albianos, Nigrianos o Casianos. Pero los mismos que juraran hasta la víspera por los genios de los emperadores, los mismos que ofrecieran sacrificios por su bienestar y condenaran tantas veces a los cristianos, demostraron luego ser enemigos de los emperadores. El cristiano no es enemigo de nadie, ni siquiera del emperador; sabiendo que es su Dios quien lo ha constituido en el poder, no puede menos de amarlo, reverenciarlo, honrarlo y desearle todo bien*. Os decimos estas cosas, Venerables Hermanos, no porque pensemos que os sean desconocidas o porque temamos que no os ocupéis con celo suficientemente

ardoroso en defender y propagar los preceptos de la más sana doctrina sobre la obediencia que los súbditos deben prestar a su legítimo Príncipe, solamente os lo dijimos para manifestaros Nuestro afecto y el deseo de que todos los varones eclesiásticos de ese reino brillen de tal manera en la pureza de la doctrina, en el esplendor de la prudencia y santidad de la vida, que aparezcan irreprochables a los ojos y al juicio de todos. De esta manera todo sucederá prósperamente, según lo esperamos y anhelamos.

**3. Conclusión y exhortación.** Vuestro poderoso Emperador se os mostrará benigno y siempre recibirá con ecuanimidad Nuestros buenos oficios, —que ciertamente no dejaremos de interponer—, y Nuestras peticiones para bien de la Religión Católica profesada por ese reino, y a la cual prometió no negar nunca su patrocinio. Los sabios que verdaderamente son tales, os honrarán con merecidas alabanzas y los enemigos se avergonzarán no teniendo nada malo que decir de nosotros. Mientras tanto, elevando al cielo Nuestras manos, rogamos a Dios por vosotros, para que cada día enriquezca y colme más y más a cada uno con la abundancia de las celestiales virtudes. Y, teniéndoo siempre en el corazón, os exhortamos a colmar Nuestra alegría, pensando todos de la misma manera, unidos por la misma caridad, y sintiendo unánimemente lo mismo; predicad todos lo que es conforme a la sana doctrina; palabras rectas, irreprochables; custodiad lo que se os ha confiado; permaneced en un solo espíritu, colaborando unánimes con la fe del Evangelio. Rogad, en fin, sin cesar a Dios por Nosotros, que, en prenda de Nuestro paternal amor, os impartimos a vosotros y a toda la grey encomendada a vuestros cuidados la Apostólica Bendición.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en 9 de Julio de 1832, año segundo de Nuestro Pontificado.

GREGORIO PAPA XVI.

(3) S. Agustín, Enarr. in Ps. 124, 7 (Migne PL. 37, col. 1654).

(4) Ver Tertull. Apolog. Adv. Hæres., Cap. 35, 457 (Migne PL. 1, col. 519).